

Ganador del IV CERTAMEN LITERARIO PARA PERSONAS MAYORES en la modalidad de relato "La boticaria", de Pedro A. García Zanón, natural de Benaguasil (Valencia), domicilio actual San Sebastián de los Reyes (Madrid)

"La boticaria"

Se había corrido la voz entre los adolescentes del pueblo que en la tienda de alimentación, se vendían preservativos. Eusebio, el tendero, consciente de que tal tesoro podría provocar un cataclismo sexual entre jóvenes, novios impacientes y amantes, hizo circular la falsedad de la noticia, por temor a la guardia civil y al cura, aunque solo sirvió para aumentar el deseo de adquirir como fuera, parte de su mercancía entre los que querían moverse en la oscuridad sexual.

Su venta clandestina estaba perseguida por las leyes del alcalde, con la bendición del cura, y la discreta vigilancia de la guardia civil. Pero se podían conseguir de forma legal en la farmacia regentada por Aurelia, cotilla oficial, cuarentona de pelo rizado y con una horrible verruga bajo el ojo izquierdo. El problema es que, en evitación de problemas, sólo los vendía con receta médica y DNI.

Al día siguiente de enterarme del "secreto", fui a la tienda de Eusebio. Negó tener ese artículo, aunque yo sabía que no era cierto.

Desde que pregunté sobre asunto de los preservativos a los chatarreros en el bar, visualizaba el estreno con Mónica desnuda,

el lugar, la hora y todo sin correr peligro de embarazos ni enfermedades. Muy atractiva idea.

Dudaba si tendría algún problema a la hora de producirse el máximo contacto, si me pondría nervioso y al final sería un desastre o todo saldría perfecto. No se me ocurrió pensar que podría romperse y eso sí sería catastrófico.

Antes de que Mónica regresara a la capital a finales del verano, quería cumplir el sueño de perder la virginidad con ella. Al natural no podía ser. Me advirtió de sus temores, y yo tenía terror a las consecuencias, por si se quedaba embarazada y por la vergüenza que pasarían mis padres y yo.

Tendría que derribar su muro de miedos con un argumento aplastante. Ya lo tenía si era capaz de conseguir el preservativo y Mónica daba el paso. Sólo me quedaban dos opciones: ir a Aurelia con la receta, contando que el médico no me pusiera pegas, o proyectar un robo. Pero era muy cobarde para ambas cosas.

En mis noches de insomnio tratando de cómo conseguir mi objetivo, imaginé una tercera posibilidad. Fui a la tienda de frutos secos y compré por una peseta dos globos.

Ya que según la descripción que me dieron los chatarreros, un preservativo era un globo lo bastante fuerte para no romperse, elástico y sobretodo muy deslizante al tacto.

Se referían a él como un globo con verruga bastante lubricado. Experimenté con un grueso tubo de pasta de dientes en su interior. Pasó la prueba; no se podía romper fácilmente. Para conseguir que fuera deslizante probé con vaselina que, tras varios ensayos con mantequilla y aceite de oliva, ganó con diferencia. Además olía bien. Pero aun así el globo resultaba tener una textura demasiado basta y quedaba fofo, ridículo.

Además estaba por resolver la forma de no escaparse de su sitio una vez comenzado el vaivén dentro de su destino final. Tendría que cortar lo necesario por donde se hincha y luego sujetarlo con una goma elástica. Una guarrería. Pensé que Mónica se burlaría de mí o se cabrearía y se acabó el estreno. Ella se merecía algo más profesional, higiénico y no una chapuza.

Dos días después de mi fracaso con Eusebio, tomé la decisión de ir a la farmacia a probar fortuna sin receta. Nervioso, derramé el café con leche del desayuno en mis pantalones, se me cayó al suelo la tostada con miel, me corté con el cuchillo, un desastre.

Mi madre sospechó enseguida que andaba metido en algún lío corno aquel en el que la guardia civil me llevó detenido al cuartelillo junto con mis compañeros de diversión. Alguien nos acusó de colgar en la puerta de la casa del alcalde una rata muerta.

Pero se descubrió que fue su amante quien lo hizo como venganza por algún desavisado con él. Aurelia cuidaba sus macetas en la puerta de la farmacia cada mañana antes de colgar el cartel de "abierto". Siempre la misma rutina. Aquella mañana del desayuno tan accidentado, me acerqué a ella muerto de miedo con la excusa de pedirle algo suave para la tos. Eres el quinto muchacho que viene estos días con el mismo problema. Se nota que se acaba el verano y ya no podéis más con vuestra garganta. Tantos cubalibres no son buenos. Sin embargo, creo que me tomáis el pelo o algo peor. Tenéis que ir al médico.- Murmuró Aurelia malhumorada mientras me invitaba a entrar en la farmacia.

Me dio, de mala gana, pastillas "juanola". Sabor que odiaba profundamente. Seguro que ella conocía ese detalle.

Seguro que has estado en casa de Eusebio ¿para que te vendiera su "secreto"? ¿tus amigos enfermos de tos también han ido allí verdad? -Dijo Aurelia mirándome fijamente con cierta agresividad. Me puse tan inquieto que noté culebrillas en el estómago y un repentino fuego en las mejillas.

¿Vienes aquí a lo mismo que ellos? Los de la tos dijeron que no... pero sí.- Insistió muy segura con voz inquisitoria.

No...yo...no. Mientes muy mal. En este pueblo me entero de todos los cotilleos, infidelidades, noviazgos, enfermedades y sé hasta los ratones que hay. Así que no vengas con cuentos.

Es que tengo dudas sobre...Sí, sobre la tos ¿no?... ¡Venga ya! ...un muchacho tan valiente y ahora se acobarda ante la presencia de una boticaria soltera, delgada, con una fea verruga bajo el ojo y sobretodo odiada por las personas más religiosas del pueblo porque no va a misa. Como un niño pillado en una pifia, di media vuelta. Otro fracaso, ~Idea Cuando tenía la mano sobre el picaporte para salir a la calle, escuché la voz de Aurelia a mi espalda.

Espera muchacho. Dentro de tres meses cumplés dieciocho años ¿verdad? Me volví hacia ella y asentí con la cabeza y la mirada fija en el suelo.

Si, dentro de tres meses.

Aurelia entró en la rebotica y al cabo de unos segundos puso encima del mostrador una caja de color anaranjado, "superlatex INTIMITY".

Cógela hombre, no te va a morder. A eso has venido ¿no? -

Dijo en tono

relajado moviendo el torso suavemente de un lado a otro con las manos en la cintura como si visualizara lo que yo sería capaz de disfrutar con su contenido.

Sonrojado, no me atrevía a levantar la mirada. Pero la instantánea satisfacción de un triunfo, me produjo un pinchazo en la convergencia de las ingles. Al ver mi parálisis, insistió:

Ahora o nunca. No se enterará el cura ni el alcalde. No seas idiota,

Noté una euforia similar a la experimentada cuando bebí dos gin-tonic seguidos a primeros del verano en la verbena. Tembloroso señalé con el índice aquella joya por primera vez ante mí, estática, imposible, de color anaranjado, luminosa. Dirigí la vista a Aurelia como pidiendo permiso para cogerla. Aurelia asintió con la cabeza. Su sonrisa y sus ojillos azules me calmaron el pudor delante de una mujer que sintonizaba con mi deseo más íntimo. Hipnotizado por una súbita excitación, la vi sin verruga, atractiva, inalcanzable, ondulada como espliego acariciado por el viento.

Ya tenía el monedero en la mano, cuando ella me la sujetó. Noté un suave balanceo de piernas, un eufórico placer nunca antes vivido. Me dijo susurrando:

- Es un regalo._ con una condición: el último será para mí.

Pero el muro de Mónica resultó muy alto. Costaría mucho tiempo escalarlo.

Por eso mi virginidad, como gota de agua escondida entre los pétalos de una rosa, se evaporó en el jardín de Aurelia días más tarde, después de colgar el cartel de "cerrado".

Aurelia lo sabía todo, yo ni lo imaginaba.

Ganador del IV CERTAMEN LITERARIO PARA PERSONAS MAYORES, en la modalidad de poesía "Recuerdos de Juventud" de Lázaro Domínguez Gallego, natural de Zamora y actualmente vive en El Ferrol

RECUERDOS DE JUVENTUD
por "Solymar"

Miro, contemplo el mar azul, radiante,
y mi recuerdo vuela jubiloso
hacia tu cuerpo esbelto, luminoso,
salpicado de luz, burbujeante.

Estabas tan hermosa y fulgurante
entre la espuma de este mar brioso..
Estaba aquí tu cuerpo esplendoroso
tan frutal, tan sonoro, tan vibrante...

Cada vez que me acerco hasta esta playa,
donde el cristal del agua se desmaya,
te veo a ti, mi Venus, renacida.

Y aunque no estás, floreces en mis sueños,
resucitas de nuevo en mis ensueños,
llena otra vez de espumas y de vida.

II

¿Te acuerdas de aquel mar calmo, radiante?
¿De aquella luz solar sobre la arena?
Por tu cuerpo de rosa y azucena
nafragaba mi mano navegante.

Nunca fui viajero tan constante
por ruta tan espléndida y amena.
Nunca habité la piel de una sirena
tan cegadoramente rutilante.
Jamás sentí emoción tan alta y viva
frente al susurro de la mar altiva,
en una dulce playa de verano.

Todavía me abraza aquel momento,
y, aunque han muerto mil lunas, aún te
siento encendida en la palma de irá mano.

III

Estabas frente al mar, frente a las olas,
derramada de sol, resplandeciente.
Las ondas te abrazaban dulcemente
con fervores de yodo y cara colas.

Después, alzada en risas y cabriolas,
corrías mar adentro lentamente,
hasta alcanzar el nácar transparente del
Bravío y flamante rompeolas.

Volvías a mis brazos palpitantes,
Exaltada, como una niña loca,
De Burbujas y sal tus labios presos.

Y embrujado en tus ojos anhelantes,
recuerdo que bebía de tu boca
una lluvia de espumas y de besos.